

M. López-Muñoz, *Bartolomé Alcázar De ratione dicendi* (edición bilingüe), estudio preliminar, edición, traducción y notas, Madrid, Dykinson, 2019, 362 pp.

Con plena proyección hacia nuestra actividad de uso del lenguaje actual, la búsqueda de una experiencia acumulada durante siglos en los tratados de retórica clásica siempre suscita interés. El estudio del profesor López Muñoz sobre el académico Bartolomé Alcázar consigue situar las claves de la enseñanza de la retórica. Cuando se escribió, el humanismo ya no paseaba sus blasones con honor, sino que, tras los debates sobre el método científico, experimentó un notable retroceso desde presupuestos muy diferentes, por mucho que la oratoria forense y sagrada continuaran su desarrollo con éxito.

Como jesuita, Alcázar había impartido sus clases de retórica en el Colegio Imperial, pero después lo encontramos entre los colaboradores de la recién fundada Real Academia de la Lengua entre 1713 y 1721. Por tanto, se adaptó a la evolución de la actividad intelectual de su tiempo, reuniendo el final del humanismo y los albores de las letras ilustradas. Tuvo una discreta participación en esa transformación cultural y su figura intelectual se proyectó en las tareas docentes. En esta faceta, revisó los fundamentos de la disciplina literaria con un afán didáctico, sin plegarse a la imitación más allá de una demostración de la utilidad de algunos de los tratados antiguos. Aunque completaba su contribución a la enseñanza con una selección de textos de los principales autores literarios romanos, la inspiración en los clásicos le servía tan solo para la comparación con la literatura contemporánea.

Al paso que el lector de esta edición conoce la labor intelectual del jesuita, presentada en su contexto histórico próximo, admirará cómo la exposición se centra en la enseñanza de la disciplina retórica. López Muñoz da buena muestra de la vigencia de algunos de los contenidos de la retórica humanística. Efectúa una síntesis en un momento cultural en el que se aproximaba el ocaso de la brillante impronta de la teoría antigua. Otros autores habían conseguido la ordenación de los saberes recuperados de la Antigüedad, que eran discutidos mediante la palabra. En cambio, la crisis misma del método científico que alentaba las polémicas en la primera mitad del s. XVII redujo la eficacia del diálogo y de la persuasión razonada que habían contribuido tan decididamente a la sustentación de la ciencia humanística.

Cuando superabundan las palabras, la dificultad de distinguir lo verdadero de lo falso suscita una desconfianza general en toda clase de discurso. Pero, a pesar de que los contenidos de la educación humanista se mantenían en la enseñanza, se debilitaba su peso en la formación y se potenciaban otros recursos. Además, tratándose de un autor jesuita el camino recorrido por los miembros de la Compañía desde 1590, en las primeras décadas del XVII condiciona sus obras. En el caso de Alcázar, la referencia que le pudo servir de estímulo fue la obra *De eloquentia sacra et humana* del jesuita francés Nicolás Caussin, muy cercano a Luis XIII, que cita en el proemio al lector. La obra del francés acumula una enorme erudición con citas y ejemplos

latinos y helénicos tomados de la tradición. Alcázar se pudo inspirar sobre todo en el libro cuarto y en el sexto, sobre la invención retórica y sobre la disposición oratoria. Alcázar dedicaba cierta extensión a la amplificación, en sintonía con el jesuita galo, que reservaba a esta figura el libro quinto de su tratado.

Con todo, el concepto de la disciplina y su función habían cambiado ya, casi cincuenta años después de aquella memorable obra monumental, cuando apareció la primera edición *De ratione dicendi* en 1681. El profesor López Muñoz destaca los cambios en la segunda edición. Alcázar fomentaba “un reconocimiento de la entidad de la persuasión emocional” que ha centrado en los aspectos éticos la posibilidad de suscitar la adhesión del auditorio, en detrimento de la construcción de una buena estructura argumentativa en el discurso, reforzada por un ornato copioso. En sucesivas ediciones se añadió *Ars tractandorum animi affectuum*.

Esta manera de programar el estudio también queda reflejada en la distinción entre *rhetorica facultas* y *ratio dicendi*, incluso cuando se cuenta con un enfoque muy volcado en la práctica de la composición del discurso. La evolución de los usos sociales determinó la necesidad de participar de la cultura escrita tanto en la vida social y académica (discursos de elogio, homenaje fúnebre) como en la escena pública de la literatura y las ciencias. Se refinaron los discursos de invectiva en los debates y polémicas característicos del humanismo. Esta función práctica de la retórica se advierte en la compatibilidad de unas normas claras de oratoria con una adaptación de los ejercicios de Aftonio y con un breve arte epistolar. El objetivo de este trabajo docente contrasta con los que orientan otras composiciones precedentes en la Compañía como las obras de Bartolomé Bravo, Ludovico Carbone, Juan Bautista Poza, Francisco de Castro, o las directamente contemporáneas de Gérard Pelletier, François Pomey, Michael Radau, o Jacob Masen (que cita en el libro I), revisadas por el profesor López Muñoz. De ahí se ha derivado un capítulo sobre las fuentes de la actualización que hizo Alcázar de Aftonio, donde se advierte la influencia de la obra de Pomey *Novus candidatus rhetoricae* (pp. 94-96), ampliamente difundida en su tiempo por Europa, mientras que en el arte epistolar apuntaba sobre todo a Bartolomé Bravo (pp. 136-137). Estas comprobaciones facilitan al lector una perspectiva del avance de la teoría retórica, cuando se conocen las retóricas en lenguas vernáculas; por ejemplo, se podría entender mejor la de Gregorio Mayans. Un estudio más profundo de las características de este tratado retórico ha sido publicado recientemente por el profesor López Muñoz en la revista *Euphrosyne*. La diferencia con otros tratados más antiguos, como el *Methodus eloquentiae comparandae* de Melchior Iunius, o con un manual para principiantes, como el de Jacob Hautin (Múnich 1657) es evidente.

Con motivo de esta edición y traducción de la obra completa, que incluye las tres citadas (*progymnasmata*, arte epistolar y composición retórica) se ofrece al lector el detalle de los lugares paralelos de otros manuales jesuitas y contemporáneos que ilustra brillantemente la decidida intención del autor. Pretendía ofrecer lo más útil de las enseñanzas clásicas y humanistas acerca de la aplicación del arte de hablar sobre un tema, con un propósito concreto, para un auditorio específico.

La observación de las correspondencias con estas otras obras da una completa información sobre la deriva escolar de los estudios de retórica y oratoria, a medida que la preparación técnica y las actividades científicas de los colegios aumentaban en detrimento del gusto por la oratoria y cuando ya la polémica religiosa de la Reforma iba cediendo. Además, desde 1600 progresaba la disciplina poética de una manera

cada vez más independiente de la retórica clásica, aunque derivada de ella, para cuidar el ocio literario. Atento a este avance, el autor presentaba una abundante relación de las principales figuras de la elocución.

No obstante lo dicho sobre la intensificación del vigor de las emociones a lo largo del discurso, a diferencia de Caussin, que detallaba la invención a través de los lugares con numerosos ejemplos, Alcázar evitaba acumularlos. Prefería presentar las notas indispensables de este apartado, con referencias muy certeras a Cicerón y a Quintiliano. Al tiempo que ofrecía una copiosa lista de lugares comunes ciceronianos, proponía una invención específica para distintas disciplinas, entre las cuales, como corresponde al interés de su siglo, destacaban los estudios históricos y jurídicos.

Se trata de un manual no demasiado extenso, fácil de consultar en la edición presentada por el profesor López Muñoz, que marca un paso importante en la línea de estilización de la tradición clásica. Hay una distinción tipográfica entre la doctrina explicada y las listas de referencias, que el editor ha colocado aparte para facilitar la consulta. Las notas revelan el estudio realizado con la comprobación de las citas de autores antiguos y para hacer patentes las diferencias entre las dos ediciones de la obra.

La adscripción al Colegio Imperial, la vinculación a la corte de la dinastía austríaca, aunque no fue dificultad para que participara de la labor cultural de la recién instaurada monarquía borbónica en la Academia, determinó probablemente el olvido de la obra de Bartolomé Alcázar tras su muerte. Por otra parte, las retóricas y poéticas en lengua vernácula, sostenidas por la popularidad de los preceptores franceses como Boileau-Despreux y Du Marsais en el ambiente cortesano, terminaron por ceder al impulso de la estética romántica, que trajo una teoría literaria de la inspiración con nuevos modelos de estilo. La síntesis que no hicieron los antiguos, que no se consideró necesaria en los mil años medievales, se consiguió en el s. XVII para la educación europea con la contribución de Bartolomé Alcázar, entre otros. A través de la conservación de estos tratados se presenta un uso del lenguaje probado por la experiencia de siglos a los lectores interesados aún hoy.

María Asunción Sánchez Manzano
Universidad de León